

"¿Qué general no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo."

## XII

La ciudad de Puebla rebozaba júbilo; la tropa se entregaba al placer de la victoria; habia solo un hombre pensativo y triste, el general Diaz.

El general, que en cumplimiento de la ley, debía hacer decapitar á mil y tantos prisioneros que habia hecho en Puebla y en las batallas anteriores.

La sola idea de esta matanza hacia estremecer á aquella alma grande y generosa.

Una terrible lucha se agitaba en ella: por un lado la ley, el temor de desagradar á su gobierno, despertando en él los celos: "Va á creer Juarez, decía, que le disputo el porvenir.... Por otra parte, ¿enrojecerá el blanco brillo de su gloria, de una gloria de su patria; su nombre y su memoria, con un borron de sangre?... Terrible disyuntiva!

Se dirige al fin á la prision; ¿qué iria á ser de tanto desgraciado? ¿triumfaria en su ánimo la idea del cumplimiento del deber? ¿Prevaleceria acaso la sublime inspiracion de su alma?...

Encarándose á los prisioneros dice: "La Nacion ha juzgado la causa del Imperio; pero no se hará justicia sino olvidando los extravíos de sus hijos; quedan ustedes en libertad." Y agregó volviendo á sus amigos: "No he nacido para carcelero ni para verdugo"....

La emocion, el júbilo, las lágrimas de gratitud, de admiracion y gozo, ungian héroe al soldado que habia alcanzado su mejor laurel; que cerraba al fin con broche de oro el álbum de sus glorias.

Carnicería espantosa hubiera sido aquella que, aunque hecha por un pueblo vendido y ultrajado en el furor de su venganza, no habria dejado de ser en nombre del derecho, de la República y de la Libertad; de esa Diosa de la tierra que, como el Dios del cielo, no quiere sangre en sus altares; de esa Diosa á quien profana el puñal republicano, como á aquel el Santo Oficio con su hoguera, y que no quiere otras conquistas que las de la inteligencia y la razon.

Desgraciadamente no ha llegado el tiempo todavía en que el estudio y la discusi<sup>o</sup>n resuelvan de las más árdias cuestiones.

Hay quien crea que las ideas requieren bautismo y sancion de sangre.

Lo mismo que creyeron primero el paganismo, el cristianismo y todas las sectas, mas tarde la República y las revoluciones todas, y sobre cuyo fatal error ha caido y recaerá el anatema terrible de la posteridad y de la historia!

De vuelta el general á su oficina, libró á los Estados de la línea esta órden:

"Ejército republicano de la línea de Oriente.—General en jefe.—En uso de las amplias facultades de que me hallo investido por el C. Presidente de la República, he tenido á bien disponer: que los prisioneros hechos por el ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlan y la Carbonera, en la ocupacion de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendicion de los fuer-

tes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposicion del Supremo Gobierno.

«Los extranjeros que quieran permanecer en el país, quedarán sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República, podrán hacerlo libremente.

«Sírvasse vd. librar sus órdenes en este sentido, aceptando las protestas de mi estimacion y aprecio.»

## XIII

En ese mismo instante, con esa misma pluma que por sus puntos derramó el aliento de la vida, y de la que brotó el relámpago de su imperecedera gloria, firmaba un documento de otro género, en el que enviaba á otras regiones, un torrente de felicidad, de amor y de ternura.

Firmaba el poder para su desposorio con una tierna niña que le amaba, que pensaba en él á todas horas, y que por él alzaba su oracion á Dios.

¿Qué influencia habria tenido en su alma de por sí sensible, la piadosa imágen de aquella hermosa vírgen?

Si ante el adusto seño del deber, vió alzarse de improviso la forma de su amada ¿temió llevar manchas de sangre al niveo tálamo nupcial?

Seria acaso que todos sus laureles, sus triunfos y su gloria no habian sido hasta entónces árras dignas de su amor sublime?..... No se sabe! pero ella, sí, ella fué, la

que con su oracion condensada en forma de impalpable y ténue gasa, debió cubrirle en los peligros y guiarle en su camino, refrescando su ardorosa frente en los combates; ella la que en sus secretos, misteriosos y místicos coloquios, debió inspirarle tan altos sentimientos, como la diosa Egeria, en el sagrado bosque de la Aricia, á Numa Pompilio, sus divinas leyes..... y..... ella, ella la paloma tierna que algun tiempo despues, herida por la muerte, plegaria sus blancas alas para no estenderlas más sobre su elegido, sino desde la mansion de Dios!....

Será este el único y tiernísimo recuerdo que aquí consagre yo á la memoria de un ángel, al que para bien de la humanidad, y para ello solamente, fué dado influir en el ánimo de aquel caudillo; como es excepcional y único el momento en que hemos convenido, que ligeramente rozan el inquebrantable carácter del patriota, y los delicados afectos de su hogar.

## XIV

Entre los prisioneros se contaba el bizarro general D. Francisco Tamariz, á quien el general Diaz devolvió su espada, diciéndole: «Consérvela vd. compañero; siempre ha sido de buen temple, y aun debe servir para la defensa de la República.» Este jefe, que murió un poco despues, decia: «Deseaba yo vivir solamente para servir de soldado raso á las órdenes del que dos veces me ha vencido: una por su indisputable génio, y la otra por la elevacion de sus nobles sentimientos.»

## XV

El jefe de la fuerza que marchaba á proteger la plaza de Puebla; el *lugarteniente* del imperio, á quien intencionalmente no llamo por su nombre, pues sobre ciertas famas no debía pesar un anatema eterno, sino un eterno olvido, el *lugarteniente* del imperio, al saber que habia caído la plaza en poder del sitiador, creyó rescatarla fácilmente por medio de un audaz golpe de mano.

No recordarla ya con quién tenia que haberlas; olvidaba los repetidos y fuertes descalabros, que en su obstinacion de luchar con aquel terrible adversario, habia sufrido. Pero el general Diaz que todo lo esperaba, que todo preveía, que todo lo abarcaba; organiza rápidamente la administracion civil y militar de Puebla; restablece todo á su normal estado, y marcha sobre la disciplinada y numerosa columna imperialista que, apesar de todo, no se atrevió á librar batalla.

La persigue sin dejarla momento de reposo, y en más de veinte veces que logra detenerla, la despedaza, hasta no dejar de ella más de cien ó doscientos oficiales con que consiguió su jefe entrar á México; dejando un trayecto de más de treinta leguas sembrado de despojos y de muertos.

Se presenta el general Diaz á las puertas de la capital; la circunvala y sitia, y con prodigiosa actividad conduce los avances de este sitio.

Reduce el cerco y lo estrecha diariamente, hasta no dejar movimientos á los sitiados, y hasta hacer rendir la plaza.

Con facilidad la habria asaltado, obteniendo un triunfo más brillante que el de Puebla; pero no era ya necesario derramar más sangre mexicana, y el general, que así lo comprendió, sacrificó su justo orgullo y su ambicion de gloria en aras de la Patria, y en bien de la humanidad.

Muy bien sabia que estos son los triunfos que no perecen nunca!

Sabia muy bien que el lauro de la gloria, que vive eternamente, jamás ha alimentado su raíz con sangre!

Para pintar los detalles de la hábil conduccion del sitio; sus grandes episodios y las sábias medidas de órden, de reorganizacion y de administracion, dictadas por el vencedor, al ocupar la plaza, seria preciso detenerse mucho, y mi ánimo es pintarle á grandes rasgos.

Véamos solamente el voto de gracias que los habitantes de la capital le dán por conducto del Sr. Lafragua:

## "CIUDADANO GENERAL:

La Comision Municipal á quien encargásteis el cuidado de la ciudad de México, nos envía á manifestaros su gratitud por la confianza que tan benévolamente le habeis dispensado. En su nombre, y en el de la capital de la República, venimos á presentaros la expresion del reconocimiento, tan sincero como justo, del pueblo mexicano. Ese sentimiento no solo es debido al valiente general que despues de vencer en Oaxaca y en Puebla las huestes de la usurpacion, ha restaurado en México el principio democrático, sino al ciudadano generoso que pudiendo triunfar con la fuerza de las armas, prefirió sacrificar, no su amor propio sino su gloria, á fin de

ahorrar á esta hermosa ciudad los males que debian ser consecuencias inevitables de un asalto. Estamos íntimamente convencidos de que en este momento no somos los ecos de un partido, sino los verdaderos intérpretes de la poblacion de México, sin distincion de opiniones, nacionalidades é intereses, porque en el último inaudito período que acabamos de atravesar, todos los intereses fueron lastimados, todas las nacionalidades insultadas, todas las opiniones holladas; porque el Sol no aparecia sino para alumbrar nuevas desgracias; porque los abusos no conocieron límite, ni los crímenes tuvieron guarismo, y en fin, porque en la desolada capital os miraban unos como el heróico defensor de la República, os esperaban otros como al noble salvador de las propiedades, y os contemplaban todos, aun los mismos vencidos, como á la única esperanza de salud. Estos timbres, más gloriosos que los que brindan cien batallas, forman vuestra corona cívica y son los que legarán vuestro nombre á la posteridad, justamente honrado con el entusiasmo que arrebató el valor, con el amor que produce el patriotismo y con el respeto que inspira la *virtud*."

## XVI

El Supremo Gobierno nacional, procedente de la Frontera, debia llegar á México.

El general Diaz se empeñó en recibirle como merecia, para lo que hizo levantar portadas y arcos triunfales que él habia ganado, y que, como un justo homenaje consa-

gró al coloso de la segunda independencia, que con inquebrantable fé mantuvo el fuego pátrio, la incolumidad moral de nuestras instituciones y el alto honor de la República.

## XVII

Hizo entrega de TRESCIENTOS MIL PESOS que en tan corto tiempo habia economizado, (circunstancia que no tuvo precedente y que no se ha repetido, sino hasta ahora que él vuelve á hacerlo, en mayores proporciones) y, contra el general deseo, y á despecho de su pueblo que indignado y con profunda pena vió pasar la situacion, fuerza es decirlo, de sus manos á manos de otro, por más que aquel otro fuese Juárez, se retiró á una finca de campo que el Estado de Oaxaca le ofreció en testimonio de admiracion y de respeto.

La nacion entera, en aclamacion unánime le llamaba á ocupar la primera magistratura del país; pero el destino habia resuelto otra cosa.

Solo hasta algunos años despues, y despues de una nueva convulsion política, en que se retempló su alma de bronce, llegó á empuñar las riendas del gobierno.

Será en este nuevo y alto puesto donde volvamos á encontrarle, haciendo punto omiso de un período entero de su historia, y de la historia nacional, por estar palpitantes aun las pasiones, que como la hirviente lava de un volcan, se revolvieron, y sobre las que no se podrá arrojar sustancia alguna sin avivar un fuego que apenas comienza á enfriarse.